

UNA DEMOCRACIA AMENAZADA

John de Zulueta, Presidente del Círculo de Empresarios

Hace dos años el Círculo de Empresarios, a través del libro *“La calidad de las instituciones en España”*, llamaba la atención sobre la necesidad de mejorar nuestra arquitectura institucional. Concluíamos entonces que una mejora de la calidad de las instituciones, y la confianza de los ciudadanos en ellas, generaría a medio plazo una mejor posición competitiva de España, pues está claramente demostrado que el nivel de desarrollo y bienestar de los países corre parejo a la calidad de sus instituciones.

Aquella reflexión estaba muy en línea con la que expresaban los profesores Daron Acemoglu y James A. Robinson en su muy reconocido best-seller *“Por qué fracasan los países”*. Recordarán su tesis central: las instituciones inclusivas, al servicio de todos los ciudadanos, generan progreso y bienestar; las extractivas, al servicio de una élite corrupta, sólo generan riqueza para unos pocos, miseria y pobreza para la mayoría y atraso para todos.

Como complemento a aquel trabajo, los citados profesores acaban de analizar en *“El pasillo estrecho”* el por qué en algunos países florece la libertad y en otros el autoritarismo, indagando en las relaciones que existen entre libertad y prosperidad. Parten de la idea de que la libertad sólo surge cuando se logra un equilibrio delicado y frágil entre el Estado y la sociedad, y afirman que el pasillo que lleva a esa libertad es estrecho y se encuentra bajo una permanente amenaza. Bien porque los Estados no tienen la suficiente capacidad para proteger a los individuos o, aún peor, porque estos no pueden defenderse de su despotismo.

Esta reflexión vuelve a conectar con la que nosotros, en el Círculo, hemos querido plantearnos dos años después de aquel primer trabajo sobre la calidad de las instituciones al abordar en un nuevo libro el problema de *“Cómo salvar las democracias liberales”*. Ahora, como entonces, hemos contado con la colaboración del profesor **Victor Lapuente**, asistido por la profesora **Elena Costas**, quienes han invitado a una serie de expertos a analizar cómo salvar las democracias liberales, abordando aspectos como la ética, el papel de las redes sociales, el funcionamiento de los mercados, la corrupción, la rendición de cuentas o la gestión de servicios públicos por el sector privado.

Es más que evidente, a día de hoy, que las democracias que creíamos consolidadas se encuentran seriamente amenazadas. Solo hay que leer las portadas de los periódicos cada mañana, conectar radios o televisiones, asomarse a los medios digitales o brujulear por las redes sociales. Cuando creíamos haber sorteado la oleada de intervencionismo público derivada de la crisis de 2008, la crisis del Covid-19, con sus secuelas de pobreza, desempleo y recesión, amenaza con convertirse en el caldo de cultivo idóneo para el fortalecimiento de actitudes demagógicas, intervencionistas, autoritarias y populistas que ya están comprometiendo nuestras libertades y nuestros modelos democráticos de convivencia. Sin duda, estamos en un camino estrecho.

Por eso nuestra preocupación en el contexto actual va mucho más allá de la que nos inspiraba hace dos años. No se trata ya únicamente de mejorar la calidad de nuestras instituciones, sino de salvar la propia democracia liberal, amenazada por movimientos populistas y autocráticos de los que tenemos a diario ejemplos muy preocupantes. La propia realidad de un Gobierno de coalición en España con miembros ultraizquierdistas apoyado por partidos anti-constitucionalistas que cuestionan los consensos básicos y pretenden tumbar los pilares de nuestro modelo de economía social de mercado, es una amenaza a la libertad realmente preocupante. Un peligro que acecha a nuestra convivencia y nuestro bienestar y que perjudica, además, nuestra imagen ante los inversores, tanto nacionales como internacionales, que reclaman garantías en términos de certidumbre fiscal, confianza en la empresa y seguridad jurídica.

Las democracias liberales, incluyendo nuestra todavía joven versión, se encuentran en peligro y eso nos obliga a ponernos especialmente en guardia para protegerlas. ¿Qué podemos hacer en este sentido? Tranquiliza saber que, en principio, podemos actuar en varios frentes. Si queremos proteger nuestras democracias liberales es preciso, entre otras cosas, contener el excesivo intervencionismo del Estado y que la iniciativa privada y la aportación de las empresas sean respetadas y tenidas en cuenta. Como se ha venido demostrando repetidamente con motivo de la crisis del coronavirus, de esta crisis no vamos a salir con más Estado sino con más espíritu emprendedor e iniciativa privada. Reforzada ésta, además, por una decidida apuesta por la colaboración público-privada, una suma de esfuerzos que tiene la virtud de multiplicar sus efectos beneficiosos para toda la sociedad.

Estamos aún a tiempo de evitar perder lo que tanto nos costó ganar en la Transición. Tenemos la obligación moral de tratar de preservar ese legado de concordia y progreso para disfrute y bienestar de las nuevas generaciones que siempre han vivido en libertad y, afortunadamente, no saben lo que es vivir sin ella. Tratemos de ahorrarles esa más que desagradable experiencia. Porque el populismo y el autoritarismo que le acompaña, con sus nuevas armas digitales, incluidas las “fake news”, puede ser devastador para nuestra democracia todavía liberal.

Hace ya cuarenta y tres años, cuando se fundó el Círculo de Empresarios, nuestra principal preocupación y objetivo se centraban en que las libertades económicas tenían que desarrollarse en paralelo a las libertades políticas. Entendieron nuestros fundadores que no podríamos disfrutar de la libertad en general si esa libertad política no se extendía a todos los órdenes de la vida pública. Después de todo este tiempo, más de cuatro décadas, pudiera parecer que la defensa de esas libertades es un asunto que hubiera que dar ya por superado. Nada más lejos, lamentablemente, de la realidad. La defensa de las libertades, tanto políticas como económicas, es una necesidad casi tan perentoria hoy como en aquel entonces. Por fortuna ahora tenemos el apoyo de la Unión Europea.

Decía Winston Churchill que la democracia es el peor sistema de gobierno, con excepción de todos los demás. Y definía la democracia como ese sistema en el cual cuando alguien llama a tu puerta de madrugada, sabes que es el lechero. Hoy, en España, todavía es así. Pero necesitamos que la sociedad civil esté unida y vigilante para proteger nuestras libertades en este cada vez más estrecho pasillo.